



# El cuento de Cipriano

Alejandro Toledo

*El posible rescate de Cipriano Campos Alatorre se ha tropezado con los escollos del olvido, la ignorancia y el descuido académico. Presentamos aquí un argumento por su recuperación y una muestra de su talento.*

MIRABA EFRÉN HERNÁNDEZ el escaparate de una librería, pues se le antojaba un título que estaba ahí expuesto pero no sabía si le iba a alcanzar para comprarlo (nunca fue un hombre de mucho dinero), cuando en el reflejo del cristal vio la figura pálida de Cipriano Campos Alatorre. “¿Qué te sucede?, ¿qué haces? Cuenta, viejo, nadie sabe de ti”.

Tiempo atrás, en la oficina de publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, había ido Cipriano a conversar con Salvador Novo, que era el jefe de Efrén Hernández, Carlos Pellicer y Xavier Villaurrutia. No lo vio Efrén ese día porque estaba distraído revisando algunas pruebas tipográficas, pero salió Novo de su despacho a comentar la visita. “Ese joven es un genio”, dijo muy serio. Otro que trabajaba ahí, don Valerio, terció: “Ah, caray. Yo sí lo vi. Vestía de negro, se le cayeron, al cruzar, unos papeles, y se inclinó a juntarlos. Y... Bueno. No debería fijarse uno en estas cosas; mas, lo cierto es que me quedé penando en los parches de sus pantalones”. Insistió Novo: “Pues es un genio”, y dijo a Efrén Hernández: “Hablamos de usted. Si vuelve, se lo presento”.

Dio entonces Novo las señas de Cipriano Campos Alatorre: se llama de este modo y de este otro, nunca hasta entonces lo había visto... Y dijo

Fotografías: Alejandro Arteaga



haber escuchado trozos de una novela inédita que Novo consideró como admirable.

Ahí quedó el asunto. Extrañó a Efrén Hernández que las presentaciones no se hubieran realizado en el momento, y que la historia del encuentro se la hubiera contado Novo sobre todo a él, y no a Villaurrutia o a Pellicer. Con esa duda se fue a su casa, que era un cuartito rentado, y por la tarde escuchó un *tan tan* en la puerta que lo puso a sospechar: “No sea Cipriano”.

Y, en efecto, era él, abiertísimo de ojos, flaco, de facciones filosas, muy trigueño, con su mismo y único traje, negro verdeante de gastado. Comenzó entonces un diálogo que duraría meses, que tuvo como escenarios el cuarto humilde donde vivía Efrén Hernández, las calles y los jardines públicos de la ciudad de México, los cafés de chinos, el cuarto humilde de Cipriano, su escuela rural de Xochimilco... Compartieron miserias y asombros. Hasta que un día Cipriano Campos Alatorre desapareció.

Lo reencontró Efrén, así, él mirando el escaparate de la librería por un título que deseaba tener y sin saber si con las monedas que traía le alcanzaba para comprarlo. “¡Cipriano!”, celebró Hernández. “Tachitas”, respondió el otro. Pero la conversación no fluyó como en anteriores ocasiones. Cipriano quería huir, no se sentía bien. “Déjame”, le decía a Efrén, “déjame”. Pero Efrén lo tomó del brazo cariñosamente y lo invitó a que caminaran, hasta que Cipriano protestó: “No quiero andar ya más. Quiero sentarme”.

Fueron entonces a un café. Cipriano no quería aceptar el pan de sal ni el café con leche que Efrén le ofreció. “No te ofendas, Tachitas, déjame que me vaya”.



Cipriano Campos Alatorre.  
Apunte de Acevedo para la edición de *América*

Efrén se opuso. Y mientras merendaban Cipriano le explicó muchas cosas. Lo cuenta así Efrén Hernández:

Le habían ordenado trasladarse de la escuela rural de Xochimilco, a una de un pueblo muy al sur de Michoacán, perdido y en destierro. Ni su reciente esposa ni su pequeña niña habían podido resistir, sumados, el clima atroz y la miseria. Él mismo había estado muy mal. Las medicinas, el pasaje de retorno de su familia a la ciudad de México, la subsistencia de él y la de ellas, separados. Deudas, desamparo, incertidumbre, dislocación mental, quemazón de manuscritos, debilidad física, abatimiento, anublazón espiritual...

Lamentaba Efrén Hernández no haber podido ayudarle, pero él tampoco podía, entre la gente, mucho más que Cipriano. También vivía caído. Nadie le habría hecho caso.

Algo después, en *Revista de revistas*, encontró el retrato de Cipriano y la mala noticia de su muerte: nacido en 1906 y fallecido en 1939, a la edad de 33 años.

Una década más tarde, en 1952, cuando estuvo en mejor posición recogió Efrén Hernández para la revista *América* en un tomo la “obra completa” de Cipriano Campos Alatorre, que son seis cuentos y

un fragmento de novela; y le agregé una nota, donde habla de sus encuentros con el personaje, y de cómo la sociedad literaria dio la espalda a Cipriano en la hora dura. “Sucedió, en su esencia, aquí mismo, aquí en esta muy culta, muy noble y muy leal ciudad de México, no hace aún mucho tiempo”.



Cipriano Campos Alatorre publicó en vida un solo libro, *Los fusilados*, en una editorial Sur que el *Diccionario de escritores mexicanos* —a cargo de Aurora M. Ocampo— ubica en la ciudad de Toluca. Esto en 1934, el año que en numerosas fuentes se da como el de su muerte y que parece no serlo.

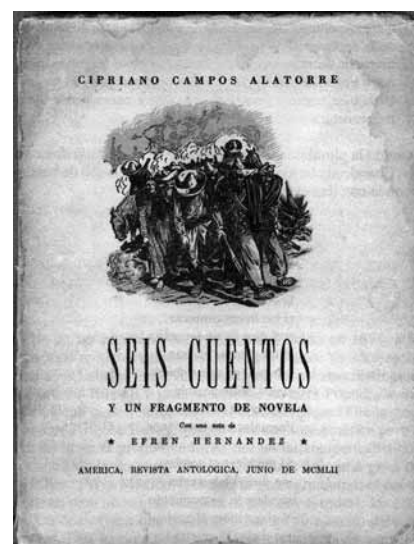
En el cuento de su amistad con el narrador, Efrén Hernández dice haberse enterado de que Cipriano había fallecido porque leyó la mala noticia en *Revista de revistas*... Con este dato María de Lourdes Franco, investigadora del Centro de Estudios Literarios —que preparaba *Bosquejos*, reunión de la prosa crítica de Efrén Hernández—, dio con el artículo “Un novelista malogrado por la muerte: Cipriano Campos Alatorre”, de Roberto Acevedo S., aparecido el 19 de febrero de 1939 en el número 1,500 de *Revista de revistas*, y que para la investigadora “demuestra que su muerte acaeció en ese mismo mes y año en Tenancingo, Estado de México”.

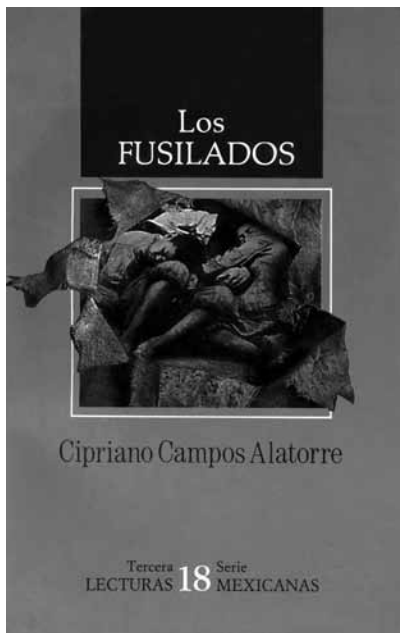
El libro único de Cipriano Campos Alatorre abría con el relato homónimo del título, que recoge instantáneas de un grupo de amigos en caravana con la gente de Eufemio Zapata, huyendo de las fuerzas carrancistas. Tras los hombres van las soldaderas. Una fallece de insolación y otra da a luz. Agita “sus piernas flacas, con la piel rugosa y extrañamente amoratada, el recién nacido, cuyas manos y pies, absurdamente pequeños, parecían los miembros de un feto viviente”. La mujer se incorpora, toma al niño en sus brazos, lo mira largamente y le da un “seno marchito y amarillo como una vejiga desinflada”. El capitán Fragoso ofrece su caballo

a la recién parida. Se desata un aguacero torrencial. En algún punto del camino tira la madre al bebé, quizá ya muerto; y luego muere ella... “Tierras por aquí y tierras por allá. Y al final del cuento no adquirimos más tierra que en la que nos caemos muertos”.

Éste de “Los fusilados” es el primer relato del libro, el más extenso e intenso. El drama va enlazado con el humor. Uno de los personajes echa a correr con tres heridas de machete en la espalda, e interpreta luego una curiosa danza con su ejecutor en los alrededores de un maguey: caen las pencas por los machetazos y casi cae un brazo por un golpe certero, hasta que el hombre entero se derrumba: “Bajo la roja tragedia del ocaso, era igualmente doloroso el cuadro del hombre mutilado, y el maguey, con sus pencas vigorosas y verdes, destrozadas...”

A esta historia seguía “María Concepción Curiel: confesiones de una taquimecanógrafa”, divertido aunque simple, en donde la protagonista aspira a que se le reserve un puesto de honor en el Senado pues cumple la honrosa labor de intimar con sus jefes. Y otros tres cuentos: “El profesor Meraz”, un asomo de Cipriano a su oficio de maestro rural y a la pirámide





de la corrupción (ya entrevista en el texto anterior); “Un amanecer extraño”, que refiere el despertar de una pareja de amantes y el desencanto de ella al negarse el hombre por cobardía a alejarla del marido tísico; y, finalmente, “El matón de Tonalá”, que insiste en el asunto del miedo, ahora disfrazado por una fama equívoca.

La edición de *América*, de 1952, modificó el orden de los textos y agregó “Un domingo de Pascua” y el fragmento de la novela inconclusa *Raquel Estrada*. Cipriano se encaminaba al dibujo del desánimo pos-revolucionario por el pronto restablecimiento —con sus torceduras institucionales, en vías hacia la dictadura perfecta— del régimen porfirista. En una nota de los editores (el mismo Efrén Hernández y Marco Antonio Millán), se aclaraba que el material reunido no era lo único ni lo mejor de Cipriano, “sino sólo la parte de su obra que nos queda, pues él mismo, en algún arrebatado de comprensible desolación, y a modo de protesta en contra de un medio impío e inepto, se puso a destruir lo no editado”, que fue precisamente lo que empezara a señalar su entrada a los días de realización y madurez.

Me platica el crítico literario Fernando García Ramírez que hace como quince años, intrigado por la

personalidad de este autor, se puso a rastrear los cuentos de Cipriano en diversas revistas de la época. “Aparte de los seis cuentos conocidos, logré encontrar cuatro nuevos. En ese tiempo entregué el material a EOSA, una editorial que vendía libros a *Novedades*, junto con un prólogo. No sé si llegaron a publicar el volumen”. Al parecer no lo hicieron, y García Ramírez no guarda copias. Habría que indagar el destino de esos originales con Emmanuel Carballo, que dirigía la colección literaria de EOSA.

En 1990, Jaime Erasto Cortés propuso a Cipriano Campos Alatorre para la tercera serie de *Lecturas Mexicanas* (número 18), pero escogió el libro de 1934, no el de 1952 de *América*, sin duda más completo; y olvidó también, por lo mismo, el prólogo de Efrén Hernández, cosas ambas realmente absurdas. Se lee así a Cipriano ignorando quién era y por qué murió tan joven, sin el cuento extra ni su fragmento de novela.

Las únicas notas positivas que pueden darse de Cipriano Campos Alatorre son, una, que ya tiene calle en Guadalajara; y dos, que en su natal Tapalpa, Jalisco, es considerado personaje ilustre. ▀▀

